

EL PROFESOR DE RELIGIÓN. DAR RAZÓN DE UNA ESPERANZA NUEVA

EN EL MUNDO QUE NOS TOCA VIVIR

El educador no educa desde la mera neutralidad, ni siquiera desde un simple ideal altruista ni desde la soberbia del que se impone. La educación está situada en el mundo que nos toca vivir. Conocer nuestro mundo, conocer sus características y la filosofía de fondo que lo guía es imprescindible para poder educar con sentido. El educador de la fe, en un sentido amplio, propone el conocimiento del misterio de Dios desde la realidad histórica que tiene que conocer y abordar.

Por eso, hoy, es imprescindible que el profesor de Religión Católica aprehenda la realidad, la estudie, la comprenda... y proponga la verdad de fe desde la situación en que vive él y sus alumnos (por pequeños que estos sean).

Hoy el hombre se encuentra con sus propias ansias de libertad y con la tentación de excluir a Dios de su mundo: *"El dueño de la máquina llega a ser su esclavo y la máquina se hace enemiga del hombre. La criatura se rebela contra quien la ha creado: isingular réplica del pecado de Adán! La emancipación de las masas desemboca en el terror de la guillotina. El nacionalismo conduce inevitablemente a la guerra. El ideal absoluto de la liberación lleva a la autodestrucción del hombre. Al final del camino por el que entramos con la Revolución Francesa se encuentra el nihilismo"* (D. Bonhoeffer, *Ética*).

Estamos aprendiendo a ser libres y, en el camino, se corre el riesgo de perderse. La presencia de Dios no se impone al hombre pero es el mismo hombre el que vive la inquietud de una pregunta que va más allá de lo meramente evidente: el sentido de la vida.

En este tiempo de pobreza, que es "noche del mundo", no por causa de la falta de Dios, sino por el hecho de que los seres humanos ya no lo echan de menos, la enfermedad mortal es la indiferencia, el no sufrir ya el infinito dolor por la falta de patria: es ante todo la renuncia a interrogarse por el sentido, la pérdida del entusiasmo o la ausencia de la necesidad de buscar las razones últimas del vivir y del morir un humano.

El exilio no consiste en estar lejos de la patria: el verdadero exilio es la ausencia de nostalgia de la patria. El exilio consiste en no sufrir ya la eliminación del sentido, es desprenderse de la posibilidad de una modificación del comportamiento en relación con el horizonte último y una última patria.

"Como no hay nada duradero, falla el fundamento de la vida histórica, es decir, la confianza en todas sus formas. Y puesto que no se confía en la verdad, se sustituye con los sofismas de la propaganda. A falta de confianza en la justicia, se declara justo lo que conviene... esto es la situación de nuestra época, que es un tiempo de verdadera y particular decadencia" (Ética).

Y es la ausencia de nostalgia de Dios la que propone un gran reto para el profesor de Religión: cómo suscitar la pregunta sobre lo fundamental de la vida; cómo iluminar el sentido presente y futuro de la existencia humana; cómo provocar e invocar la sed de Dios; cómo responder a la indiferencia llevando al alumno a preguntarse por la verdad de sus vidas, por la Verdad. El profesor no debe conformarse con justificar una época de decadencia y conformarse con sólo vivir: tiene el deber de llevar al alumno a respuestas que iluminen lo que es como persona ante Dios y ante los demás.

La decadencia es un proceso mucho más útil: priva al ser humano de la pasión por la verdad, le quita el gusto de combatir por una razón más alta, lo despoja de los motivos fuertes que la ideología parecía ofrecerle todavía. El decadente está dispuesto a ponerse de acuerdo en todo y con todos con tal de afirmarse a sí mismo: la decadencia vacía de contenido al valor, porque no le interesa medirse con él.

Por eso, de lo que peor andamos actualmente es de pasión por la verdad: este es el rostro trágico de "la falta de patria". Todo lleva a que las personas dejen de pensar, a huir del esfuerzo y la pasión por lo verdadero, abandonándose, en cambio, al placer inmediato y calculable, con el único interés de llegar a su inminente consumación.

Es el triunfo de la máscara en detrimento de la verdad: es el nihilismo de la renuncia a amar tras la cual el hombre huye del dolor infinito que produce la evidencia de la nada, fabricándose mascararas para disimular la tragedia del vacío.

No es ingenuo pensar que nos estamos jugando la perspectiva que hoy tenemos sobre el ser humano: ¿qué es ser hombre?, o mejor, "¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder?" (Sal 8).

"El ser humano, como decía Sartre, se convierte en una pasión inútil". Experiencia de contaminación, de placer y de frustración. "El ser no es, sino que acontece" dirá el "pensamiento débil". Todo se enmarca en la insostenible levedad del ser, en la irrefrenable caída en la nada. La necesidad de agotar el instante, de absolutizar el ahora, consumiendo la intensidad del momento; porque donde nadie está anclado, donde nada tiene fundamento o sentido, poco importa quemar la vida en la consumación del instante. La frustración, el abandono nihilista y desesperado, el mero placer no consigue dar un sentido duradero a la vida. Numerosas corrientes de "culturas débiles", "multitud de soledades", penuria de "esperanzas mayores" que recluyen a cada uno en el reducido espacio de su "individualidad".

La respuesta cristiana a los grandes interrogantes humanos tiene en el profesor una responsabilidad que no puede olvidar: Dios, Palabra última y definitiva sobre el ser humano, nos abre a una esperanza nueva. Porque "donde mueren las verdaderas esperanzas triunfa el cálculo a ras de suelo: las razones de vivir y de vivir juntos, se sustituyen por la reivindicación de lo inmediatamente útil y conveniente, la protesta basada en el interés de la previsión inmediata... es el **relativismo total** de quien no tiene ya confianza alguna en la fuerza de la verdad. Estamos enfermos de ausencia, pobres de esperanza y de grandes razones; donde falta la pasión por la verdad, todo es posible, y hasta la solidaridad puede conjugarse con cálculos vulgares, convirtiéndose en proyectos de pequeño cabotaje...

LA IGLESIA DEBE ALENTAR LA ESPERANZA

Este es el reto del profesor de Religión en este momento que nos toca vivir: proponer la experiencia y el conocimiento de Dios como la razón

de esperanza para el ser humano. Vale la pena la vida, la aventura del ser humano porque está abierto a una esperanza con un contenido definitivo: la bienaventuranza de los que conocen y se sienten amados por Dios. El descubrimiento de Dios como razón última de la existencia.

La metáfora del "naufragio con espectador" (H. Blumenberg, 1985), muestra cómo los protagonistas de la actual complejidad son hijos de lo moderno, náufragos y espectadores del naufragio y al mismo tiempo en ellos hay, junto a la deriva, una posible resistencia a ella.

Porque siempre en el hombre encontramos la sed de felicidad. El ser humano sigue abierto hoy a una búsqueda con sentido. No todo está perdido porque el mismo hombre tiene sed. Algunas expresiones de esta búsqueda del sentido perdido:

1.- el redescubrimiento del otro (E. Lévinas). El voluntariado puede perfilarse como una modalidad entre otras tantas expresiones de esta búsqueda del sentido perdido.

2.- "La nostalgia del Totalmente otro" (M. Horkheimer), una especie de redescubrimiento del Último. Se despierta una necesidad que podríamos llamar religiosa: es la necesidad de fundamento, de sentido, de horizonte último, de una última patria que no sea seductora, manipuladora y violenta como la ideología. "Recomenzar desde Dios" ya no es un proyecto exclusivo de los creyentes: es un desafío y una emergencia para todos...

La respuesta cristiana pasa por la afirmación explícita de que es Cristo la respuesta definitiva al problema del hombre:

Pero es solamente el grito de la hora nona el que traspasa realmente la cerrazón totalizadora de la ideología. El encuentro con la palabra de la Cruz: "con una idea se establece una relación de conocimiento, de entusiasmo y posiblemente también de realización, pero nunca un compromiso personal de obediencia... un cristianismo sin compromiso de obediencia es siempre un cristianismo sin Jesucristo; es una idea, un mito" (D. Bonhoefer, El precio de la gracia: el seguimiento).

Cristo es siempre el concretísimo Cristo viviente, que se encuentra en la iglesia: Cristo nos recuerda ante Pilatos que la verdad no es algo que se exhibe como un sistema lógico o como un castillo de palabras bien construidas. La Verdad es el Inocente, que llega hasta nosotros con la

discreción de su presencia de amor: la Verdad no es algo que se posee, sino Alguien que nos posee en la comunión de su pueblo fiel. Es preciso preguntarse cuáles son los rasgos de Cristo necesarios para que la Iglesia misma dé testimonio para hablar creíblemente de Él en este tiempo de penuria de pasión por la Verdad, frente al abandono del sentido totalizador y al surgimiento de una nostalgia de sentido, que se está reencontrando.

El Señor Jesús se ofrece como la Palabra surgida del silencio. Dios revelando se vela. El Dios de la revelación es maestro del deseo. Si así es la revelación, el cristianismo como religión de la revelación, no deberá convertirse nunca en una ideología que comprenda toda la realidad. Cuando la revelación llega a entenderse como manifestación total, como disponibilidad a la apertura sin reservas, se abre el camino al triunfo de la idea: se trata de la religión de lo abierto, de lo manifiesto, no de lo cerrado, de lo escondido o de lo secreto.

El Dios de Jesucristo no es el Dios de una manifestación total e indiscreta sino el Dios de la revelación, o sea, un Dios que exige ser encontrado en el santuario de la adoración, sin ser degradado a fórmulas ideológicas, que sólo sirven para castigar y someter a todo y a todos.

A la revelación no se responde con la arrogancia ideológica sino con la "obediencia de la fe": obediencia (de ob-audire) significa escuchar lo que está por debajo, detrás, oculto. A la revelación se responde adhiriéndonos a la Palabra, como discípulos del único Verbo de Dios, surgido del silencio. Por eso el encuentro con Cristo en la obediencia de la fe es el sí a trascender la Palabra hacia los abismos del Silencio en que ella nos introduce, es el no radical a cualquier reducción ideológica del cristianismo.

Por eso, es responsabilidad del profesor de Religión el estudio, el conocimiento de la Revelación cristiana. No se puede responder a los alumnos desde prejuicios o ideologías, desde la cerrazón del refugio ante la dureza de la vida o poniendo a los alumnos a la intemperie de la ignorancia religiosa. El profesor debe proponer razones, debe hacer ver el lado razonable de la experiencia de Dios.

La fe en la revelación es el alimento de una permanente vigilancia crítica. Se obedece a la Palabra escuchando el Silencio: "el Padre pronunció una Palabra, que fue su Hijo, y la repite siempre en un eterno silencio; por eso el alma debe escucharla en silencio" (San Juan de la Cruz). Si Cristo, como revelación del Padre, es el evangelio de la caridad, se deberá hablar

callando y callar hablando. A la Iglesia se le pide un estilo de vida discreto, de presencia silenciosa, que no invada la política; pero la vez evocadora, radiante en su discreción, de forma que pueda suscitar el amor más grande, sin violentar la realidad ni el corazón de la persona.

Jesús de Nazaret se ofrece en el camino de la libertad, hasta culminar en la Cruz. Basta pensar que su vida pública se abre y se cierra con dos grandes sacudidas ante la libertad: la agonía de la tentación y la de Getsemaní. S. Agustín lo comenta así: "el amor de sí hasta el olvido de Dios o el amor de Dios hasta el olvido de sí".

Esta es la libertad que se pide a los discípulos: si Él es el evangelio de la caridad, la Iglesia de la caridad deberá perfilarse ante todo como una iglesia libre, libre de intereses mundanos, deseosa no de servirse de los seres humanos sino de servir a los hombres y a las mujeres por la causa de Dios y del evangelio.

Esta libertad le llevó hasta el éxodo de sí sin retorno en la era de la Cruz: si así fue para el Maestro, lo mismo se le pedirá al discípulo. En el silencio del Viernes Santo la elección del Profeta Galileo toca a su fin. Si olvidamos el rostro del Crucificado, olvidaremos sencillamente el evangelio de la caridad.

El cristianismo no es la religión de lo negativo, de la tragedia, sino que, a pesar de todo y contra toda apariencia, es la religión del sentido y de la esperanza. Dar testimonio del horizonte más amplio, del que abre a la promesa liberadora de Dios: esto es anunciar el Evangelio de la caridad a la inquietud sin sentido del nihilismo posmoderno.

(La letra cursiva está tomada de B. Forte: "Hablar de Cristo a los jóvenes. En un tiempo de crisis". Ed. Paulinas, Madrid 2005)